

 Seix Barral

**Isaac Rosa**

Feliz final





Seix Barral Biblioteca Breve

---

**Isaac Rosa**  
Feliz final

---

© Isaac Rosa, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: octubre de 2018

ISBN: 978-84-322-3410-1

Depósito legal: B. 20.628-2018

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

Proyecto realizado con la Beca Leonardo a Investigadores y Creadores Culturales 2017, Fundación BBVA. La Fundación BBVA no se responsabiliza de las opiniones, comentarios y contenidos incluidos en el proyecto y/o los resultados obtenidos del mismo, los cuales son total y absoluta responsabilidad de sus autores.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

8

No vayamos tan atrás, no todavía. Si empezamos a excavar, lo primero que asoma nada más remover la tierra es la noche que inauguró esas dos semanas: la noche en que te dije que quería separarme. Ahí estamos, míranos: sentados en un banquete de boda, compartiendo mesa con lo que Fabio llamó los restos del naufragio. Nuestra heroica parejita se ha ganado una cena, dijo Fabio de pie a nuestra espalda, una mano en cada hombro, voz prematuramente ebria, y tras besarnos ruidoso en las bocas nos aclaró: ¿recordáis aquella cena que nos apostamos hace años?, vosotros sois los ganadores, Antonio y Ángela, Ángela y Antonio, Angelonio, sois los supervivientes, los únicos que no os habéis caído del barco, miradnos a los demás, todos agarrados a un madero y quemados por el sol. Fabio fue haciendo recuento de los once comensales: dos que tras separarse mantenían la

---

soltería, tres acompañados por sus nuevas parejas, el propio Fabio recién divorciado de Néstor, aparte del novio de la boda separado y ahora vuelto a casar, y tú y yo como única pareja superviviente de una reunión de años atrás. Te susurré si querías que nos fuésemos, pero tú cambiaste tu boca crispada por una sonrisa inverosímilmente dulce, y me dijiste que ni hablar: nos quedamos, cariño, hemos venido a pasarlo bien. A partir del comentario de Fabio, el estado civil se convirtió en tema de conversación en la mesa, un cruce de voces del que ya no recuerdo quién dijo qué: En la clase de mi hija somos mayoría los padres divorciados. No hay más separaciones porque no toda la gente puede permitírselo. Es culpa de la esperanza de vida, con tanta vida por delante no vas a quedarte con una misma pareja. Cambias mil veces de trabajo, de casa, de operador telefónico, de peinado, si no hay nada definitivo en tu vida por qué iba a serlo el amor. Ahí ya interviniste tú, parecías con ganas de elevar la conversación frívola: precisamente por eso, porque no nos queda nada estable necesitamos algo firme a lo que agarrarnos, una resistencia contra la deriva. Pero encontraste en respuesta abucheos bromistas, gritos de romántica, romántica, lluvia de migas de pan. ¡Viva el amor resistente!, gritó Fabio copa en alto, recibiendo el eco de un viva por todo el salón, tras lo que se dirigió a ti, impertinente: Angelita, Angelita, no me puedo creer que sigas siendo aquella jo-

---

vencita que creía en la capacidad transformadora del amor y ¿cómo era aquello tan bonito que decías sobre el amor como entrega absoluta, amarse sin cálculo...? Ángela tiene razón, dijo en tu apoyo uno de los solteros al que su mujer había dejado un par de meses antes: Ángela tiene razón, llamamos amor a lo que no es más que deseo, otra forma de consumo. Pero no es posible el amor sin deseo. Yo hablo de otra cosa, el amor es lo contrario de esa forma de deseo que siempre nos deja insatisfechos, el deseo busca gastar y sustituir, mientras el amor quiere preservar, producir, reproducir, leí en alguna parte que el amor es centrífugo mientras que el deseo es centrípeto. El amor solo dura tres años. ¿No eran siete? ¡Viva el amor centrífugo!, propuso Fabio, levantando risas en las mesas cercanas. Vivimos en un mercado de ofertas amorosas, y todo mercado genera desigualdad, ricos y pobres. Te veo venir, le acabarás echando la culpa al capitalismo, como siempre. Cuando alguien se separa decimos que vuelve a estar en el mercado, vamos al mercado a por otro amor como quien compra una de esas mierdas de cajitas que contienen experiencias, balnearios y parapente. Eh, que a los novios les hemos regalado una mierda de cajita de esas. Deberíamos haberles regalado su futuro divorcio, he oído que hay una empresa que ofrece un servicio integral de ruptura, se ocupan de todo: abogados, terapia, ayuda con los hijos, *coaching* para recuperarse;

---

no se me ocurre mejor regalo de boda. Por ahí hemos empezado, hay gente que no se separa porque no puede permitírselo. El soltero es hoy la figura triunfante, el mundo está hecho para los solteros, el hombre libre, sin ataduras, capaz de cambiar de vida a cada giro, sin preocuparse por los cadáveres que deja a su paso. ¡Vivan los solteros!, gritó Fabio, pesado, logrando réplica solo en una mesa divertida al fondo del salón. Aquí estamos varios padres divorciados y no acepto que digas que vamos dejando cadáveres, yo quiero a mi hijo más que a nada en el mundo, y precisamente porque quería hacerlo feliz decidí divorciarme. Querías ser feliz tú. Te lo perdono porque estás borracho. Para los hijos es mejor un buen divorcio que un mal matrimonio. Ahí volviste tú a la carga, ahora más irritada: esa es una mierda de frase consoladora que nos decimos para quitarnos culpas, nos convencemos de que lo hacemos por ellos, cuando la felicidad que buscas en primer lugar es la tuya, no estamos dispuestos a aguantar y conformarnos con menos a cambio de librar a los hijos de una experiencia traumática. No jodas, Ángela, así se pasaron las mujeres siglos, aguantando y conformándose. Tiene razón, para algunos tener hijos es otra forma de consumo, otra cajita de experiencias. Vete a la mierda con tus cajitas. Tú insististe, ahora mirándome fijamente al hablar: el divorcio puede ser devastador para los hijos, sobre todo cuando son pequeños, si fuése-

---

mos más conscientes del daño que sufren no nos divorciaríamos tan a la ligera, nos esforzaríamos más por salvar la relación y bajaríamos un poco el listón de lo que exigimos de una pareja. Creo que estás exagerando, Ángela, vivimos rodeados de hijos de divorciados, algunos de nosotros lo somos, y no creo que haya sido tan devastador. A mí esa idea de aguantar me parece un paso atrás, mi madre se pasó años aguantando, y te aseguro que mis hermanos y yo habríamos preferido un divorcio a tiempo. Yo estoy harta, no vuelvo a emparejarme en la vida. No es cierto, esta misma noche conocerás al hombre de tus sueños. A la mierda el hombre de mis sueños, a la mierda el putito amor romántico, me he pasado la vida equivocándome, encerrándome en el pequeño amor de pareja y descuidando a quienes de verdad me han querido. ¡A la mierda el amor romántico!, gritó Fabio, recibiendo esta vez silbidos de reproche. Mi vida está hecha a trozos, discontinua, tengo que reiniciarme cada poco tiempo, ¿cómo voy a querer a una misma persona mientras todo cambia, mientras yo cambio? Pues por eso precisamente, insististe tú por encima de la algarabía: por eso precisamente, porque todo es inestable, todo es corto plazo; pero hemos convertido el amor, no digo solo a la pareja, también a los hijos, a los padres cuando necesitan ser cuidados, lo hemos convertido en otro lastre más cuando nos exigen ser rápidos, ágiles, audaces, despiadados, hay que



---

desprenderse de todo para correr más. No lo veo, Ángela, qué propones, regresar a la familia patriarcal de toda la vida, yo creía que nos estábamos liberando, que hoy vivíamos con mayor libertad las relaciones amorosas. ¡Viva el amor libre!, Fabio ya desatado, insoportable, el jefe de sala se acercó a pedirle calma, y tú levantaste más la voz: siempre acabamos invocando la libertad, pero qué libertad es esa, la jodida libertad es la trampa con la que nos están quitando el suelo bajo los pies, estoy hasta el coño de tanta libertad, libertad de elegir colegio, libertad de elegir médico, libertad de elegir una carrera, un trabajo, un futuro, libertad de negociar tus condiciones directamente con el empresario, libertad de horarios, libertad de hacer huelga o trabajar cuando otros hacen huelga, libertad de emparejarte y desemparejarte, libertad de tener hijos y hacer con ellos lo que quieras; una mierda: todas esas libertades las disfruta el que puede pagar una buena escuela, un seguro sanitario, una universidad extranjera, unas prácticas sin cobrar, mantener una familia con un solo sueldo, alguien que te limpie la casa y cuide a tus viejos y a tus hijos, una amante, un divorcio, y los que no podamos pagar tanta libertad nos jodemos y nos comemos nuestra libertad con colegios sin recursos, hospitales desbordados, trabajadores pobres, familias rotas, niños aparcados en la escuela desde el amanecer hasta la noche, y todo ese amor que no es amor libre sino liberalizado,

---

¡que se vayan a la mierda con su libertad! Terminaste gritando, te oyó todo el comedor, las mesas de alrededor habían atendido tu discurso desde que empezaste a levantar la voz. Nuestros amigos quedaron en silencio, incómodos, Fabio incluido. Te levantaste y te fuiste a paso ligero, y cuando te busqué no te encontré por ninguna parte. Recorrí el estanque junto al restaurante, confiaba hallarte sentada en la orilla, mirando al agua con ojos llorosos, lo que uno espera tras una salida operística como la tuya, pero no estabas, y fui yo el que compuse la pose melancólica en la orilla, hasta que me quedé helado. Al regresar al salón, donde ya había comenzado la música, ahí estabas: bailabas, seguías con los demás la coreografía en el centro de la pista, reías, y la luz epiléptica sumada a mi alcohol en sangre te hacían latir, ralentizada, discontinua, una sucesión de Ángelas sonrientes, de ojos abiertos, de ojos cerrados, de morritos, de tarareo, de labio inferior mordido, de lengua fuera, de carcajada congelada.

*Justo antes de aquella discusión me lo habías anunciado. Nos acabábamos de sentar a cenar, los once amigos, tras el cóctel junto al estanque. Hablábamos de cualquier cosa: de hijos, de series televisivas, de despidos, de padres con metástasis, de Cataluña, de qué habíamos hecho desde la última vez que nos vimos, de las novedades sobre la ruptura de*

---

*Natalia y Jaime. Yo participaba de las conversaciones, tú estabas callado, lo observabas todo con la intensa atención con que miran los abstraídos. Entonces me cogiste la mano bajo la mesa, en lo que tomé por muestra de cariño. En seguida reconocí tu dedo dibujando letras mayúsculas en la palma de mi mano, y mira si vivía en la feliz inopia, que me hizo ilusión: hacía tanto tiempo que no me enviabas mensajes así, con nuestro viejo morse de manos. Te sonreí al notar el cosquilleo de tu yema, y volví la cabeza en disimulo para seguir la conversación de la mesa. Leí con facilidad las letras, el trazo que redondeabas con la uña en mi palma: Q, U, I, E, R, O. Llegué a pensar si me había perdido el principio del mensaje, una T y una E previas, pero hiciste una línea horizontal, señal de que venía otra palabra: Q, U, E, otro espacio, y N, O, S. Ahí todavía podía pensar que estabas cansado, aburrido, llevaba toda la boda viéndote desganado, así que adiviné un QUIERO QUE NOS VAYAMOS que no te atrevías a susurrar delante de los amigos, preferirías que fuese yo la aguafiestas que anunciase nuestra retirada. Seguiste escribiendo: S, E, P, A, R, E, M, O, S. Punto final, marcaste con un golpe del índice. Sentí un calambre en la mano, que me subió por el brazo hasta la nuca. Te miré exagerando mi estupor, pero tú te volviste hacia Fabio, le preguntaste algo, ignoraste mi petición visual de explicaciones. De acuerdo, te cogí la mano y acepté tu juego, fui rascando letra a letra en tu pizarra, con prisa: A, espacio, Q,*

---

U, E, espacio, V, I, E, N, E, espacio, E, S, O, y embo-  
rroné un torpe signo de interrogación final. Sin mi-  
rarme, respondiste por la misma vía, seguimos la  
conversación bajo la mesa durante unos minutos,  
las palmas de las manos enrojecidas. Tú: N, O, es-  
pacio, A, G, U, A, N, T, O, espacio, M, A, S. Yo: N,  
O, espacio, T, E, espacio, E, N, T, I, E, N, D, O. Tú:  
E, S, T, O, Y, espacio, M, A, L, coma, E, S, T, A, M,  
O, S, espacio, M, A, L. Yo trazaba ya sin cuidado,  
olvidando espacios, comiéndome letras: P, E, N, S,  
A, B, A, L, O, C, O, T, R, A, R, I, O, T, E, V, E, I, A,  
B, I, E, N. Tú, sereno, marcando bien cada mayús-  
cula para evitar malentendidos: L, L, E, V, A, M, O,  
S, espacio, M, E, S, E, S, espacio, E, N, espacio, T, I,  
E, M, P, O, espacio, D, E, espacio, D, E, S, C, U, E,  
N, T, O. Y tuviste la santa paciencia de añadir, letra  
a letra, como torturándome con la gota china: L, O,  
S, espacio, M, I, N, U, T, O, S, espacio, D, E, espacio,  
L, A, espacio, B, A, S, U, R, A. Ahí ya perdí la calma  
para seguir telegrafianto, me lancé directa a tu ore-  
ja, susurré casi a gritos: ¿de qué coño hablas, qué  
minutos de la basura? Y tú, cubriéndote la boca con  
la mano, casi inaudible con el vocerío del salón: se  
acabó, Ángela, uno de los dos tenía que dar el paso.  
Ah, tengo que darte las gracias, dije en voz alta jus-  
to cuando Fabio se ponía en pie, se colocaba entre  
nosotros, una mano en cada hombro, y tú me su-  
surraste con una odiosa sonrisa encubridora: me  
vale con que no lo hagas más difícil.